



El tenedor de libros. José Luis Melero Rivas. Xordica. Zaragoza, 2016. 192 páginas.
[Fotografía del escritor y bibliófilo de Oliver Duch]

CÓMPLICES / FERNANDO SANMARTÍN

Melero club

La literatura, igual que el uso de los chalecos salvavidas, nos permite estar a flote. Lo siento así al terminar el último libro de poemas de Eloy Sánchez Rosillo, 'Quién lo diría' (Ed. Tusquets, 2015), una meditación emotiva de su autor, nada irreal, sobre los aspectos esenciales de la vida (el adiós, un desengaño, los días hechos de luz, la melancolía y la dicha entrelazadas...). Leo también, por azar, unas greguerías de Ramón Gómez de la Serna, que parecen flotadores de niño que utiliza un adulto. Una dice: «La Y es la copa de champaña del alfabeto». Y otra, más deportiva, señala: «Pedales de bicicleta: maquinillas de cortar el pelo a las distancias». Sobre Gómez de la Serna ha escrito José Luis Melero, que acaba de presentar 'El tenedor de libros', un estupendo volumen donde agrupa 123 artículos que contienen huellas autobiográficas. La presentación tuvo lugar, como diría un cronista de sociedad, en la librería Portadores de sueños, al atardecer, pero el cronista omitiría, quizá, que José Luis Melero la hizo en mangas de camisa, vistiendo un chaleco hecho a la medida y estrenado para la ocasión, un chaleco que no era de croupier ni de mago de circo; una prenda elegante, nada relamida, de color verde, similar al de las hojas de algunos pinos jóvenes. «Me lo he puesto -dijo José Luis Melero-, para tener un aire bohemio». A mí me pareció el chaleco de un traficante de whisky. Pero no se lo dije.

Melero tiene muchos lectores. Lo leen, entre otros, los catedráticos de literatura, los poetas, los narradores apaches e incluso, tengo el dato, varios mandos militares. Siendo eso importante, hay algo que lo es más: que te lean los quiosqueros, los que venden el periódico en el que uno escribe. Y eso le sucede a Melero. Y eso significa que el mecanismo de sus artículos funciona. Y eso nos lleva a que lo leen, unos y otros, porque resalta y transmite, sin voz ahuecada, «una joie de vivre», porque nos llena de anécdotas, porque se centra en su «escaparate de literaturas perdidas» y porque no se entusiasma sino que se exalta, y me quedo corto, con lo aragonés. Un día lo harán hijo predilecto de esta ciudad. Sucederá pronto. Deberán pasar algunos años hasta que coloquen su nombre en una plaza o en un bulevar zaragozano. Y en el siglo XXII, si en una sesión de espiritismo se le invoca cuando esté en el más allá, el sonido de una jota anunciará su aparición. Mientras ocurre todo eso, es decir, ahora, sigamos leyendo sus artículos.